

## Enrique Bienzobas

# Un reloj que siempre atrasa

Reseña de MONTERO GLEZ: *Pólvora negra*. Editorial Planeta. Barcelona, 2008. 323 págs. ISBN: 978-84-08-07931-6

A Roberto Montero González se le conoce como Montero Glez, un gran escritor que nos regala historias difíciles de olvidar: *Sed de champán* (1999), *Cuando la noche obliga* (2003), *Diario de un hincha: el fútbol es así* (2006) y muchas más. Pero ahora me interesa comentar una gran novela por la que le dieron en 2008 el Premio Azorín y en la que el esperpento de Valle Inclán está presente en toda la historia, *Pólvora negra*.

*Pólvora negra* se nos presenta como la narración del episodio más importante en la vida de Mateo Morral, si bien, en honor a la verdad, en la contraportada se añade algo muy importante: "Montero Glez reconstruye el atentado que estuvo a punto de acabar con la Restauración borbónica, y nos sumerge -y esto es lo que considero más importante- en un Madrid de doseles y flores, de tranvías y modistillas, de anarquistas y 'vivas' al rey...", yo añadiría de busconas y policías, de maricas y macarras y cantaores, de tascas y golfos, de policías y soplones. De mercados y olores. ¡Olores! Toda la historia -historia que corre en zig-zag, en adelante y en atrás, en más atrás y en más adelante, en presente y en pasado, en pasado y en futuro-, toda la historia es atravesada por el olor nauseabundo del aliento exhalado por las tripas podridas de un perro moribundo. Así huele la Puerta del Sol en 1906, los pasillos de Gobernación, las ratas adúlteras (roedores y mamíferos) de Gobernación, la calles al atardecer... Madrid entero sufre el aliento inmundos del perro agónico.

Aquel hedor atraviesa Madrid como una metáfora del dolor a vida, vida muerta en esa represión sangrienta. Es el reloj que *siempre atrasa* metáfora de esa España que va detrás de la historia. Y atrasa. Y ese atraso salvó la vida de Alfonso XIII y su reciente esposa Victoria Eugenia. Un atraso en tiempo y en dolor. ¡El reloj! Un regalo del demonio. De cuando el demonio asesinó a otro militar, el general de brigada Juan García y Margallo, aunque según la versión oficial murió de un disparo en la cabeza realizado por un rifeño en plena batalla de la "Guerra de Margallo" y, según la versión de Beltrán, de un disparo del joven entonces Primo de Rivera. Regalo y atraso que le costaría al teniente Beltrán el futuro sin luz y sin esperanza.

Yo creo que la principal historia no es la del atentado de Mateo Morral, me parece más certero hablar de la historia de un salvaje torturador y asesino que, siendo joven y *por sacar la tripa de mal año, a finales del siglo XIX (...), se alistó en la Guardia Civil. Dónde iba a estar mejor, si allí podía mentir, estafar, asesinar y encima, por todo ello, premiaban.* Este es el verdadero personaje -y, con él, la España de la Leyenda Negra, del terror-, un individuo *calvo del todo, de cabeza desnuda y en forma de bala.* Plomo derretido en el odio de sus ojos. El teniente Beltrán, encargado de la vigilancia y represión del anarquismo en Madrid. Misión que desempeña a la manera de un depredador sin escrúpulos. Intrigante, y manipulador, y torturador. Y asesino. Beltrán se convierte así en *la leyenda del guardia civil modelo (...)* que *mantuvo durante años el hedor corrupto de la represión.* El olor que impregna la España de la Restauración y que se mantiene todavía en las cloacas.

Con un estilo muy peculiar y un retorcer continuamente el tiempo, tiempo marcado por ese reloj *que siempre atrasa*, vemos pasar por las páginas de esta gran novela, que podría muy bien llamarse ensayo novelado, a personajes reales tratados con descaro y contundencia. ¿Acaso no llamaban

todos al Conde de Romanones *el Cojo*? Pues *el Cojo* será *el Cojo*, el seductor de jovencitas, el favorecedor de *la Chelo*, durante toda la historia. A Federico Urales, como firmaba sus escritos Juan Montseny, el padre de Federica. También al maestro de Mateo Morral, *el viejo espadón*, es decir, Nicolás Estévez Murphy, ese que, siendo Gobernador de Madrid durante la Primera República, puso en la puerta de su despacho el letrero que hoy los políticos profesionales odian porque odian la honradez: "El Gobernador no tiene ni destinos, ni dinero, ni nada que dar" y que murió ya viejo como consecuencia de un servicio de enlace para Francia en los primeros meses de la Gran Guerra.

Y José Nakens. Ese "revolucionario" anticlerical del que Rafael Cansinos nos dice que "había sido en otro tiempo un terrible demoledor de prestigios..., un iconoclasta, un rebelde; pero ahora, no comprendía la rebeldía de los jóvenes y resulta un reaccionario en literatura" (*La novela de un literato*. Volumen 1 Madrid, 2005, magnífico libro que empobrece la edición de Alianza). Montero nos dice algo todavía más importante, debió ser, dicen, un "revolucionario" pero en los tiempos presentes le tocaba las narices, aun comprometido en protegerle, esconder a Mateo Morral.

Y Francisco Ferrer Guardia. Al que su pasado, ese reloj *que siempre atrasa*, se revuelve contra él y aflora el odio de reprimido, del subnormal. Entre cordeles y orines el pasado le juega una mala pasada. Entonces no pudieron contra él, pero latente estaba la venganza del rey. Y *si en un primer momento, el miedo del rey a represalias europeas había salvado a Ferrer, esta vez (la Semana Trágica) iba a ser distinto. Alfonso XIII taponó todas las grietas por donde pudiera asomar jindama. Y pensó que lo mejor sería fusilar al Quico de inmediato, antes de que empezaran con fuegos artificiales los de la prensa extranjera.*

Y más, muchos más. Tranviarios, mercaderes, escritores, intelectuales, modernistas

(esos con los que Nakens no tragaba), horrelanos, anarquistas, chiquillas de la calle, mujeres de la calle, hombres de la calle... ¡La calle! Aquellas calles *impúdicas de un Madrid que la Gran Vía desfigurará a los pocos años, sajando el tumor venéreo a ritmo de un libreto de zarzuela*. Aquellas calles que hoy no existen: Flor Baja, Parada, Gorduña, callejón del Perro, Justa..., y algunas que sí: Tudescos. Aquellas calles, aquellas gentes, que son nuestra historia, nuestro pasado. Nuestro. No de ellos.

Con un lenguaje popular (en algunas ocasiones rayando lo soez y muchas veces lo sórdido, sin que esto quiera decir que se acerque, como algunos defienden, al *realismo sucio*) y un lenguaje literario, culto, cargado de figuras, y requiebros, y casticisimos. Y esperpentos valleinclanistas, Montero Glez nos regala una historia increíble en el que el narrador en tercera persona corre de aquí para allí, en el tiempo y en el espacio, zigzagueando, como dije al principio, para mostrarnos un Madrid de miedo, de terror, de odio, de miseria. Y de 'vivas al rey'. Y un país donde los atentados a la realeza fallan una y otra vez. Y una Barcelona en ebullición, casi como los *hard boiled* esperando el *Trienio Bolchevique* (ese que también refleja Andreu Martín en *Cabaret Pompeya*).

Una vez leída nunca se podrá olvidar. Uno, necesariamente, no puede ser el mismo antes y después de haber leído, de haber vivido, de haber odiado la *pólvora negra*.